

Querida Fraternidad y toda la Familia Misionera Verbum Dei:

Muchos saludos a todos desde Roma, todavía con el sabor en el corazón de tantas cosas vividas durante los días en que nos hemos despedido de Jaime.

Lo primero que me brota es un agradecimiento muy grande.

Agradecimiento a Dios por la lluvia de gracia que ha derramado y sigue derramando sobre nosotros.

Agradecimiento a Jaime porque fue fiel hasta el final, a pesar de sus debilidades, al proyecto que Dios le confió. Fiel hasta el final, superando adversidades y abrazando tantas veces la cruz. Estoy agradecida por haber podido vivir cerca de él su último “triduo”, que empezó el viernes 23 de junio y culminó el domingo 25, en que se fue a celebrar con la Trinidad y María el día de la resurrección de Jesús.

Los días de la capilla ardiente, del funeral y entierro de Jaime, fueron una experiencia maravillosa de suma y de comunión. GRACIAS - así con mayúsculas- a todos los que han hecho posible esta vivencia de Reino: los equipos de acogida de Loeches y Siete Aguas, el equipo de medios de comunicación, el equipo que organizó los turnos de oración, la liturgia, la música, los viajes al aeropuerto, las cocinas, la secretaría, los que llegaban preguntando en qué podían ayudar y se ponían manos a la obra...

A mi mente acuden vuestros rostros y vuestros nombres, pero no me atrevo a mencionarlos uno por uno, por temor de olvidar a alguien. Sin embargo, tu Padre que ve en lo secreto ha sido testigo de lo que tú, hermano o hermana, has hecho. Él es el primero en agradecer tus esfuerzos, tus noches sin dormir, tu disponibilidad y generosidad, tu paciencia para perdonar lo que no salía bien y tu amor para ir superando las dificultades y los imprevistos que iban surgiendo por el camino.

La Trinidad y María, a través de Jaime, nos convocaron a una celebración de la vida eterna que resultó al mismo tiempo un acontecimiento familiar. Nos alegramos de encontrarnos con amigos y amigas que hacía tiempo no veíamos, así como con hermanos y hermanas que compartieron con el Verbum Dei una etapa del camino y que se unieron a nosotros en estos momentos tan especiales.

Ahora, Verbum Dei, sin la presencia física de Jaime, somos más conscientes de que tenemos la estafeta entre las manos. Solo podremos llevar adelante esta misión y transmitir el carisma a las generaciones venideras, si somos personas de oración y nos esforzamos por hacer vida la Palabra que oramos, unidos por el mismo “ideal y compromiso mutuo de aspirar a la perfección de la caridad y de propagar, por medio del ministerio de la Palabra, este mismo amor fraterno, núcleo vital del Reino de Dios, por todo el mundo” (CFMVD 9; cf. Est. FAMVD 5).

Le pido al Espíritu Santo de manera especial que reavive en todos el don de Dios que hemos recibido, y que vivamos el compromiso mutuo de “ayudarnos en el seguimiento radical de Cristo y a reproducirlo en su forma de vida y en su misión” (CFMVD 9). Que cada uno de nosotros, desde el lugar al que Dios nos llama en la Familia Misionera Verbum Dei, vayamos a la raíz del Evangelio, sin rebajas, para que rebose en cada uno la alegría de Dios que -en palabras de Santa Teresa de Ávila- se nos da del todo cuando nos damos a Él del todo.

Que María nos acompañe, como lo hizo con Jaime, con su entrañable amor de Madre, y nos ayude a seguir formando comunidades evangelizadoras que se dediquen a orar, vivir y anunciar la Palabra viva de Dios por todo el mundo. Esta será la mejor expresión de nuestro agradecimiento a nuestro fundador, Jaime Bonet, y nuestra mayor muestra de amor a Cristo que nos ama y se entrega por nosotros en cada Eucaristía.

Me despido renovando mi agradecimiento, y el de toda la Junta general, por tanta entrega generosa y entusiasta en estos días.

¡Muchas gracias!

Unidos en la oración y la misión,

Lucía Herrero Guerra  
Presidente FMVD